

Selección de poemas de Miguel Arteche

Selección hecha por la profesora
instructora Andrea Brockhaus
Departamento de Español
Instituto de Lenguas
Universidad de Concepción

GIRANDO

Y ahora en el espacio, en el oscuro espacio
de la estrella, en una habitación que desconozco:
en el espacio
sin campo,
sin lluvia,
sin manos
y sin ciudades. Ahora: en el espacio,
donde no habita nadie, donde la oscuridad es llanto
sin respuesta. Solo, con una silla, y desnudo,
canto:
pero no tengo voz, pero no tengo manos.
Gira y arde en el espacio
mi habitación desnuda. Y canto
a ver si me responden desde abajo.

Y veo cómo se rompen las paredes,
y veo la luz, y clamo
por las palabras que no brotan. Y el resplandor se acerca
girando.
Pero no es tu luz, Dios mío, y el espacio
salta en la noche perdurable. Y vuelvo
a cantar,
por ver si me responden desde abajo.

NADIE EN EL MUNDO

Padre, Padre, ¿dónde estuvo
la montaña que borraste?
¿Y la puerta de la tierra?
¿Y las ventanas del aire?

¿Dónde está la mesa, dónde
fue el zapato, fue la llave?
¿Dónde está la silla? ¿Cuándo
desapareció la calle?

¿Y los tímpanos de fuego
del verano? ¿Cómo, Padre,
fundiste la primavera
y el otoño retiraste?

Y el tenedor y el cuchillo
trenzados en el combate,
¿no han de volver? ¿Dónde están
los utensilios del hambre?

¿Y las paredes del sol
que un viento negro deshace,
y el solio de las estrellas
y los cerrojos del valle?

¿Y toda la muchedumbre
de los oficios? ¿No hay nadie
sobre este jueves que ahora
es domingo, viernes, martes?

¿Dónde el sillar de los cielos
y el cimiento de los mares,
y el trueno de los planetas
de la noche? ¿Dónde yacen

tus casas solares?, ¿dónde
tus órbitas capitales?
Y el pozo de tu distancia,
¿dónde se halla, Padre?

ANTES

Golpeaste muros: te enviaron ojos.
Antes del viento oscuro fuiste sueño.
Golpeaste noches: te entregaron años,
tiempo.

Trazaste manos: te otorgaron llaves.
Antes del viento oscuro fuiste sueño.
Buscaste vuelo: te dejaron vientre,
hueso.

Formaste venas: se encendió tu paso.
Antes del sueño fuiste nacimiento.
Rompiste puertas, pero ya tenías
sello.

Soplaste cunas, vendas de mortaja,
y te empujaron desde algún desierto
girando a ciegas, sin saber girando
al puerto,
al hueso,
al tiempo,
al cuerpo.

EL MUTILADO

La tarde, el ruido de la noche que rasga los vestidos,
el sonido soñoliento, la madrugada que se acerca,
el tren que dobla la colina, las viejas ruedas, el cansancio,
la tarde o la noche (es lo mismo),
y la inmensa, distanciada noche de un mutilado.

Todo termina, todo acaba
y empieza aquí, y vuelve
a empezar, y no termina nunca:
porque todo termina o empieza
en un brazo que falta,
en una mano que no existe,

en unos dedos que jamás podrán acariciar otros dedos,
en un aire que ocupa un brazo:
y en una mirada que penetra, monstruosamente abierta,
la noche del tren, el ruido de la noche,
ese brazo que falta (que miro faltar frente al que tengo)
bajo la inmensa, desoladora distancia de todo lo perdido.

EL COMEDOR

Huelo todo el pasado en esta casa.
Siento toda la ausencia en esta ropa.
Vacío el comedor, bebo en la copa
que un viento asolador muele y arrasa.

Desierto sobre el piso el año caza
mi pie que ya se fue. Que fue. Galopa
el año en el mantel. Sobre la sopa
fría la edad toda la noche traza.

Busco el pasado entero en esta mesa:
las manos que no son y están, el mundo
que estuvo alrededor de este vacío.

Y al levantar de nuevo la cabeza
huelo todo el ayer, y aquí, profundo,
me encuentro a solas con la edad y el frío.

EL CAFE

Sentado en el café, cuentas el día,
el año, no sé qué, cuentas la taza
que bebes yerto; y en tu adiós, la casa
del ojo, muerta, sin color, vacía.

Sentado en el ayer la taza fría
se mueve y mueve, y la luz escasa
la muerte en traje de francesa pasa
royendo, a solas, la melancolía.

Sentado en el café oyes el río
correr, correr, y el aletazo frío
de no sé qué: tal vez de ese momento.

Y en medio del café queda la taza
vacía, sola, y a través del asa
temblando el viento, nada más, el viento.

RESTAURANTE

Este señor que come me commueve.
Se detiene en un punto de su frente,
y piensa ayeres en la mesa, y miente
este señor que vuelve de la nieve.

Y tose, y se levanta, y me sonríe
como un señor que vuelve a su pasado
para buscar la silla donde viven
las muertas hojas y el reloj cansado.

Este señor me busca, y no se atreve
a saludarme, yo no sé, y me mira
para buscar: se sienta y me solloza.

Este señor anciano que suspira
y sorbe, en las tinieblas de las nueve,
el hambre de la sopa silenciosa.

LA PUERTA

Porque no sé si es la noche la que penetra en la tierra.
Porque no sé si me están rajando todos los huesos y me hundo bajo la
/costra de la tierra
Porque no sé si el muro ha sido derribado y todas las barreras han sido
/levantadas y ya no estamos en la tierra.

Porque no sé si me crece el esqueleto bajo la tierra o el hueso se hace
/ definitivamente pena.

Porque no sé si hay lluvia. Porque no sé si hay puertas.

Porque no sé siquiera si hay amor, si estos es sólo una primavera que regresa

Porque no sé si me están pudriendo el corazón o si me lo quitan para dejar
/ un pobre hueco lleno de arena.

Porque no sé si lo que escucho son campanas distantes (tal vez se están
/ abriendo ya las puertas).

Y porque no sé si ya me están haciendo la pregunta inmensa, esa pregunta
/ que todos en la noche esperan.

Yo pregunto por ti, tú preguntas por mí, todos estamos preguntando:
/ pero cuando alguien llega,

resulta que la puerta ya no existe, que jamás hubo allí puerta,
que sólo había noche perdurable, cuerpos lejanos, manos desiertas,
y que estábamos haciéndonos preguntas y pudriéndonos bajo la misma
/ tierra.

Porque ya no sé siquiera si hay amor tras la puerta, si la luz será amor allí,
/ y si habrá luz y si habrá espera.

Porque me pudio aquí en la cama, aquí en la calle, aquí en la tibia,
/ hermosa, horrible primavera.

Porque no sé si al escribir me estoy ya deshaciendo, y respiro y trago raíces
/ y palabras, de esas que también se llevan las tormentas.

Porque sólo me queda un poco de ternura, y ésa ya la siento apenas.

Y porque no sé si ahora, en este mismo instante y bajo esta misma tierra,
me están haciendo la pregunta inmensa, esa pregunta que todos en la
/ noche esperan.

EL AGUA

A medianoche desperté.
Toda la casa navegaba.
Era la lluvia con la lluvia
de la postrera madrugada.

Toda la casa era silencio,
y eran silencio las montañas
de aquella noche. No se oía
sino caer el agua.

Me vi despierto a medianoche
buscando a tientas la ventana;
pero en la casa y sobre el mundo
no había hermanos, madre, nada.

Y hacia el espacio oscuro y frío
y frío el barco caminaba
conmigo. ¿Quién movía
todas las velas solitarias?

Nadie me dijo que saliera.
Nadie me dijo que me entrara,
y adentro, adentro de mí mismo
me retiré: toda la casa

me vio en el tiempo que yo fui
y en el seré la vi lejana,
y ya no pude reclinar
mi juventud sobre la almohada.

A medianoche me busqué
mientras la casa navegaba
Y sobre el mundo no se oyó
sino caer el agua.

GOLGOTA

Cristo, cerviz de noche: tu cabeza
al viernes otra vez, de nuevo al muerto
que volverás a ser, cordero abierto,
donde la eternidad del clavo empieza.

Ojos que al estertor de la tristeza
se van, ya se nos van. ¿Hasta qué puerto?
Toda la sed del mundo te ha cubierto,
y de abandono toda tu pobreza.

No sé cómo llamarte ni qué nombre
te voy a dar, si somos sólo un hombre
los dos en este viernes de tu nada.

Y siento en mi costado todo el frío,
y en tu abandono, a solas, hijo mío,
toda mi carne en ti crucificada.